

De manera inesperada, el pasado jueves 30 de octubre nuestro compañero y amigo Bruno de Olazábal partió de este mundo. La noticia nos sobresaltó y estremeció, pues Bruno se encontraba realizando una serie de reportajes especiales sobre la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) para nuestro programa *Sin Rodeos*. La verdad, nos quedamos mudos, aunque después nos reconciliamos con la memoria y la dignidad. En esta casa Bruno siempre estará presente. Ramiro Escobar, quien lo conocía desde hace casi veinte años, hace aquí una sentida semblanza del amigo que partió.

Bruno: Periodista y amigo

Ramiro Escobar La Cruz



Bruno de Olazábal, el primero de la izquierda, con parte del equipo de Sin Rodeos.

Viernes 31 de octubre, Día de la Canción Criolla o de Halloween, según el gusto o la tradición. A las 7 de la mañana, algo soleada, mi amigo Guillermo Giacosa se dispone a realizar en Radio San Borja su para mí indispensable comentario internacional. Pero antes irrumpe con una noticia que me cae como un puñal: "Quiero informar de la muerte de nuestro querido colega Bruno de Olazábal...".

Las justas lágrimas se me salen y llamo primero apurado a su casa. Su padre, sollozando y casi mudo, me confirma la brutal noticia. Cuando llamo a la oficina, Gonzalo Villarán, productor general de *Sin Rodeos*, me dice: "Fue un mazazo".

Ahora el mazazo me había hecho volver a la realidad y había despertado en mí recuerdos innumerables, re-

cientes y lejanos, divertidos y angustiantes. De repente, vi a Bruno en el patio del Colegio Salesiano de Breña, donde ambos estudiamos, metido en la aplicada fila del tercero de media, vestido con su uniforme único y destacando entre el resto por su color pálido y su cabello casi rubio.

Me vi también con él en algún

Ramiro Escobar La Cruz es periodista.

bar de Jesús María, allá por los años ochenta, cuando los dos éramos estudiantes de Periodismo de la Universidad de San Martín de Porres e invertíamos interminables horas en hablar de literatura y en —insoportables los dos— criticar la presunta ignorancia de los otros.

Más aún: casi podía escuchar su voz contestándome el teléfono hacía solo una semana, cuando se me ocurrió llamar desde España. Me contó entonces que estaba contento, que ya se iba por el cuarto reportaje sobre el Informe Final de la CVR y que en IDL todos le caíamos rebién.

Cuando alguien se va, tarde o temprano, de esta vida imprevisible, generalmente cosecha elogios antes que póstumus lapidaciones. Pero en el caso de Bruno se es fiel a la verdad periodística cuando se dice que era un tipo excepcional. ¿Qué se puede pensar de una persona que, al hacer un reportaje, se conmueve casi hasta el llanto cuando ve la imagen de una mujer campesina temblando de horror? "Es demasiado", me dijo, trémulo, realmente conmovido. Aun así, insistió en poner la imagen en su reportaje sobre las víctimas reportadas por la CVR, consciente de que era necesario no evadir el rostro del dolor.

Bruno era un maestro en el arte de mostrar y conmover sin herir, sin cruzar la frontera del escándalo. Simplemente sabía invitarnos a mirar.

Bruno era un maestro en el arte de mostrar y conmover sin herir, sin cruzar la frontera del escándalo. Simplemente sabía invitarnos a mirar.

Así lo hizo en su largo reportaje sobre el caso Barrios Altos, elaborado para la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, o en los cuatro especiales sobre la CVR. O en tantos otros reportajes preparados con un guion preciso, unas imágenes envolventes y siempre, siempre, con una dosis de humanidad y gentileza que no desentonaba ni caía en la ruta de la cándida moraleja.

Porque lo conocí de cerca, puedo decir que no se trataba de una habilidad desarrollada para las tribunas o el ráting, sino de una disposición de vida.

Bruno era, a mucha honra suya, un disidente con el mundo plástico y cruel, un escéptico militante que, sin embargo, no había ahogado su solidaridad con los seres más sufridos. A la vez, era ácido e implacable con la ignorancia y la hipocresía. Le jodían los periodistas superfluos, la gente de juicio fácil y poder excesivo, los falsos paladines de la libertad de expresión. En los años más recientes, lo enervaban sobremedida los colegas vendidos alegremente a la mafia gobernante. Su programa de radio *Paralipómenos* fue una urticante manera de mostrarlo sin ambages.

¿Qué había en él que le hacía conciliar un escepticismo irreductible con una sutil esperanza? Imagino o colijo que su interés por la literatura, o simplemente por el contar historias, era para él una forma de redimir, aunque sea mínimamente, las oscuridades de la vida. Creo que quería hacer justicia por lo menos en sus guiones.

Nunca condujo un programa, salvo el de radio, entre otras cosas porque prefería el fragor de la calle, porque necesitaba sentir el palpito de la desgracia ajena y no solo comentarla. Aunque evadía el *figuretismo*, no me asombra que ahora muchos reconozcan que era el mejor, sobre todo porque, en su momento, no faltó quien lo envidiara o le pusiera alguna zancadilla.

Guardo todavía entre mis papeles vetustos un cuento sobre Fujimori y Montesinos que me dio para que se lo comentara. Era muy divertido y corrosivo. Representaba, creo, su deseo inacabado de incursionar en la ficción, algo que nunca logró concretar plenamente. Pero no te preocupes, amigo, tu vida misma fue una historia magnífica, interesante, llena de imaginación y coraje. Fue una vida Sin Rodeos. ▲